

SÁBADO 4 DE SETIEMBRE DE 1886.

ASESINATO

DEL



HEMEROTECA
MUNICIPAL

GENERAL PRIM.

Si nó todo, una gran parte del público al ménos, habrá creído tal vez, que, no habiéndose impreso la hoja correspondiente al Sábado anterior, nuestra publicación había muerto, ya que no por un efecto de nuestra voluntad á impulso de los obstáculos que de todas clases y en todas partes nos suscitan los interesados en su desaparicion.

Aunque las contrariedades conque luchamos son grandes, en efecto, bastan por sí solas para amilanar al más esforzado, y se necesite para allanarlas extraordinaria energía y sacrificios sin cuento, contragimos desde el primer momento con nuestros lectores el compromiso formal de llegar hasta el fin que nos hemos propuesto, y no hemos de cejar en nuestro propósito, pese á quien pese, aunque para llevarlo á cabo nos sea preciso quemar nuestro último cartucho.

Sirva lo que antecede de explicacion á la falta de la hoja anterior, ya que por hoy no podemos ser más explicitos respecto á las verdaderas causas que la han motivado, y en tanto llega el dia que anhelamos de poder someterlas á la consideracion de nuestros lectores, les rogamos encarecidamente nos la dispensen y confien en que adoptaremos todas las precauciones posibles para que no se reproduzca en lo sucesivo.

SUMA Y SIGUE.

En tanto que el señor Director general de comunicaciones viaja á costa del Estado descansando de las tareas inherentes á su

cargo, el servicio de correos va siendo de cada día peor, sin que basten á mejorarle ni las quejas frecuentes de los periódicos, ni la consideracion de los perjuicios que con las faltas cometidas se irrogau al público paciente que paga con creces un personal numeroso para estar bien servido.

De Barcelona, de Sevilla, de Madrid, de casi toda España en fin, se nos escribe haciéndonos ver que los paquetes de esta publicacion que con toda regularidad remitimos á nuestros corresponsales, casi nunca llegan con puntualidad á su destino y cuando así sucede, revelan señales evidentes de haber sido abiertos y sustraídos de los mismos algunos ejemplares.

Tal y tan escandaloso proceder por parte de los funcionarios del ramo, merece sério correctivo y aunque por desgracia estamos convencidos de que nuestra excitacion para que le ponga quien por su cargo se halla en condiciones de hacerlo, repetimos nuestra queja y nos hacemos eco de las de la prensa, é insistiremos en ella mientras no se logre regularizar tan importante servicio, que deja mucho que desear.

LOS ASESINOS DEL GENERAL PRIM

SEGUN RESULTA DEL PROCESO Y OTROS DATOS.

ACUSACION PRIVADA.

(Continuacion).

Hasta aquí, segun habrán podido observar nuestros lectores, no hemos hecho otra cosa que sacar del proceso instruido en averiguacion del delito, los datos que prueban con más ó menos evidencia, la responsabilidad que cabe en el mismo, á José María Pastor, D. Felipe Solís y Campuzano y D. José Paul y Angulo; no habiendo aducido otras pruebas en corroboracion de nuestro principal aserto reducido á que los esfuerzos de estos tuvieron una accion comun, que las ya claras y evidentes que hay en la causa.

Ni nuestras observaciones, ni la refutacion que hemos hecho de los

puntos principales que trata el señor Paul y Angulo en su folleto, nos han hecho desviar un punto del propósito concebido de antemano, de ceñirnos á aquella fuente, para que en ningun tiempo se creyera obrábamos á impulso de pasiones mezquinas y en cualquier época pudieran las personas imparciales estudiar por sí los antecedentes y fallar en consecuencia.

No puede negarse—dicho sea con todo el respeto que nos inspiran los tribunales—que en la causa se observan muchos lunares, se han cometido omisiones que hubieran dado bastante luz, la suficiente quizá para llegar al descubrimiento de la verdad y que la remocion frecuente é inconcebible de los funcionarios del orden judicial encargados de seguirla, ha venido á dificultar más aun su terminacion definitiva y el castigo de los culpables verdaderos, pero así y todo, ofrece á quien con detenimiento la examina, ancho campo para constituir sinó prueba plena, suficiente conviccion respecto á los verdaderos autores del atentado.

Y esta misma remocion de jueces, y aquellos puntos que quedaron en la sombra por virtud sin duda de poderosas influencias y aun contra la voluntad de la magistratura, demuestran que el origen del crimen debe buscarse en regiones elevadas, allí donde casi puede decirse se disfruta de cierta impunidad que en este pícaro mundo es patrimonio exclusivo de las gentes de dinero é influencia.

Tanto es así, que quien suponga que el asesinato del general Prim se llevó á cabo por idea política alguna, ó fué uno de tantos crímenes aislados como se cometen con lastimosa frecuencia, se engañará por completo. Su origen ha de buscarse en el *despecho*, en ese sentimiento de venganza mezquino y miserable, que hace desear la muerte de aquellos que se oponen voluntariamente ó son por acaso obstáculos á nuestra ambicion, no en otro móvil cualquiera de los que arman el brazo del hombre contra sus semejantes.

No de otro modo se comprende que pueda idearse una trama infernal de tal índole que pudo producir y produjo en efecto perturbaciones de importancia en el país, aunque sin gran fruto para sus autores, desarrollarla en la sombra ó al menos en una penumbra próxima á la oscuridad, y llevarla á cabo por inícuo resentimiento con bastante infernal astucia para comprometer en ella algunos adeptos de determinadas ideas políticas y darle cierto colorido que desorientase á la justicia en sus averiguaciones, haciéndola enmudecer merced á la influencia y poderío de los que la concibieron.

¿Cabe suponer que puede realizarse semejante milagro sin poderosos medios de accion?

No, ciertamente; por eso no extrañará el público nuestra afirmacion de que el origen del delito cometido en la calle del Turco la noche del 27 de Diciembre de 1870, tiene mayoses raíces de las que se creen generalmente, y es preciso buscarlas fuera de la guarida donde se esconden los autores materiales de esta clase de crímenes.

A no ser así, ¿cómo explicar que se halle complicado en la causa nada menos que el Sr. Solís y Campuzano, ayudante que fué del Excelentísimo señor Duque de Montpensier, y José María Pastor, jefe de la policia secreta afecta al servicio del entonces Regente del Reino?

¿No dicen nada por sí solas, y más aun si se las une á *otras circunstancias* que ya hemos procurado poner de relieve, esas dos coincidencias singulares?

¿Cómo, cuándo ni por qué habían de hallarse complicadas en el proceso esas dos personas cuyas respectivas posiciones, tan lejos las colocaban de toda sospecha si solo se tratara de la comision de un delito vulgar?

Mas por si no bastaran los méritos que de los autos resultan contra ambas, preciso se hace recordar hechos relacionados intimamente con las aspiraciones del Duque de Montpensier al trono de España, para venir en conocimiento de la responsabilidad que á los dos sujetos citados alcanza en la muerte del general Prim, epilogo triste de la desatentada ambicion del primero.

No es un secreto para nadie que en aquella fecha prestase atencion á los vaivenes de la política española, que entre los diversos medios empleados por el Excmo. Sr. Duque de Montpensier para conseguir ser nombrado Rey de esta hidalga nacion, figuran en primer término la creacion de periódicos y compra de algunos de los que entonces se publicaban, para defender las excelencias de su candidatura ante la opinion pública; los manejos de toda clase puestos en juego con el eficaz apoyo de los elementos revolucionarios procedentes de la antigua union liberal, para atraerse los votos de los diputados de las Cortes Constituyentes que habian de darle el triunfo por medios pacíficos; y en la prevision de que ni aun así pudiera lograr su más anhelado deseo sus trabajos de zapa para conseguir estallase una sublevación militar que por la fuerza consiguiera para él, lo que le negaba el sentimiento unánime del país.

El general Prim, revolucionario de buena fé, entusiasta partidario de las libertades pátrias y decidido adversario de la candidatura del Duque echada á volar en mal hora para la revolucion de Setiembre, con ese tacto político que le distinguia y nadie ha puesto en duda nunca, hubo de oponerse á los manejos de los montpensieristas cuyo triunfo consideraba peligroso para la paz de España y para los ideales de que era esforzado adalid.

Al efecto, y utilizando mi adhesion sin límites, hizo que simulara hallarme dispuesto á servir los planes del Duque de Montpensier, y aceptados por este mis servicios para comprometer en su favor las guarniciones de Barcelona, Valencia y otros puntos, segun ya he manifestado en las páginas 78 y siguientes, entré de hecho en relaciones con dicho señor Duque, por medio de D. Felipe Solís y Campuzano, ayudante suyo, y por lo visto persona de su más intima confianza, cuando se le encargaba de tan delicados trabajos.

Tuve la fortuna de hacer creer á los agentes montpensieristas que contaba ya con los principales jefes y oficiales de las fuerzas residentes en las plazas mencionadas y en otras de Andalucía, y hechas las consignaciones de fondos necesarios, como la que se hizo de 30.000 duros en el Banco de Barcelona á favor del coronel de artillería D. Manuel Angulo, su agente principal en dicha ciudad, y dispuesto todo, llegó el dia fijado para dar el grito de ¡Viva el duque de Montpensier rey de España! y ninguno de los comprometidos en la sedicion, salió á la calle

porque todos ellos simulaban su aquiescencia y cooperacion al movimiento militar que se preparaba, con el solo y exclusivo objeto de que no se realizase; cumpliéndose así las órdenes y deseos del general Prim, á quien tuve la fortuna de secundar á su satisfaccion, de que fracasara la descabellada intentona sin efusion de sangre.

Ocioso es decir, que ninguno de los generales unionistas residentes en Madrid y afectos al Duque de Montpensier, se atrevió á hacer nada en la corte en vista de que la sublevación tan hábilmente preparada, pero aun con mas habilidad hecha abortar, daba señales de vida en ninguna de las plazas comprometidas; é inútil tambien añadir que cerrados los caminos de hacerse paso en la opinion pública porque la propaganda de los periódicos fué ineficaz, los manejos puestos en juego cerca de los diputados de las Constituyentes no aumentaron el número de votos con que pudiera contar y los empleados para quebrantar en su favor la disciplina del ejército, tampoco dieron el resultado apetecido; el duque de Montpensier *conoció tarde* que habia perdido malamente el tiempo y el dinero empleados con largueza para conseguir la realizacion de su *sueño* y *que esta derrota la debía desde luego y en primer término al general Prim.*

Si Cantero, Cortina y Ayala vivieran, algo y aun algo pudieran decir de la conspiracion militar á que antes nos hemos referido, porque si bien es cierto que por su carácter civil, no podian tener en ella una parte activa, eran no obstante el alma de todos los manejos y los auxiliares más poderosos con que contaba el derrotado aspirante al trono.

No hace falta sin embargo el testimonio de estos señores, porque ya con las declaraciones del señor Solís y Campuzano en la causa de asesinato, se halla justificada plenamente la intentona de sublevacion como lo demuestran los autos y la absolucion de que fué objeto por el delito de conspiracion, que, refiriéndose á una fecha muy anterior al auto en que se le declara libre y no habiendo llegado á realizarse, no fué considerado como delito penable por el juzgado.

Fácil es comprender cual no sería el *despecho* del excelentísimo señor duque de Montpensier al considerar perdidas para siempre sus esperanzas y que sentimientos no abrigaria respecto al general Trim, único autor de su derrota. No es tampoco muy penoso explicarse cuales pudieran ser los *consejos* ó indicaciones que pudieran hacerle sus íntimos ya por verdadero interés hacia su persona, bien para halagar sus pasiones, que nunca faltan á los poderosos, aduladores de oficio.

¿Surgió por ventura del completo fracaso de los manejos montpensieristas, la idea de apelar á todos los medios aun los más reprobados para quitar el invencible obstáculo con que lucharan hasta entónces, ó fué concebida con el fin de satisfacer uno de esos ardientes deseos de venganza que ciegan á los hombres?

Punto es este que no dilucidaremos por nuestra cuenta, dejándolo al criterio de cada uno; solo sí podemos consignar, que tan luego como se reconoció la imposibilidad absoluta de sublevar en favor del señor Duque una parte del Ejército que hasta entónces fué fiel á los principios revolucionarios y á su ilustre caudillo; y hallándome del todo identificado al parecer con los propósitos y deseos de dicho personaje, en una de mis entrevistas posteriores con D. Felipe Solís y Campuza-

no, se convino en preparar los medios conducentes para asesinar al general Prim.

No hemos de reproducir lo que respecto á este punto tenemos ya manifestado en la página 87 y siguientes, remitiendo á ella al lector para la exacta apreciación de estos detalles.

Para estos trabajos de tentativa de asesinato del general Prim, empleé como auxiliares á Enrique Sostrada y Pedro Acevedo que ya me habian servido en la simulada conspiración militar, pero sospechando por ciertos indicios que no me eran fieles y que habian logrado ponerse directamente de acuerdo con el Sr. Solís y con D. José Paul y Angulo, prescindiendo en absoluto de mi cooperación; hube de adoptar contra ellos algunas precauciones de que luego haré mérito.

Mis sospechas de su infidelidad, no salieron fallidas, pues por virtud de su denuncia y como complicados en una causa de tentativa de asesinato del general Prim, fueron presos en 15 de Noviembre, mis dos cuñados y dos riojanos que me servían de agentes, y yo en tanto que los indicados Sostrada, Acevedo y otros sujetos de Valencia, los llamados José Genovés y Tomás Lafuente quedaron en libertad algunos días más; durante los cuales y por virtud de la media tarjeta que me servía de contraseña para avistarme con el Sr. Solís ó mandar á la persona que en mi nombre hubiese de hablarle y les entregué, se presentaron á dicho señor.

Raro parecerá á cualquiera, á menos de admitir como hecho probado la traición de Sostrada, que todos los individuos que conmigo constituían el simulado complot, no fueran detenidos en la misma fecha, no habiéndose fugado ninguno; porque es claro que al tener conocimiento la autoridad de un hecho penable, está en su interés apoderarse á la vez de todos los que directa ó indirectamente han tomado parte en él, para depurar la verdad.

¿Quién pudo, pues, sino Sostrada, hacer la denuncia con tales circunstancias, que comprendiéndome á mí que aparecía como jefe de la trama y á los demás conjurados que me eran adictos, excluía precisamente á los cuatro ya citados?

Como por otra parte hacia tiempo que me servía de él para mis trabajos de fingida sublevación militar en favor del Duque de Montpensier, era el único que se hallaba enterado hasta cierto punto de casi todos los misterios del complot y seguía mis pasos desde París, empleándole como mi agente de confianza, siendo por lo mismo el único que pudiera tener algún interés en inutilizarme y dar todos los datos necesarios para que fuese detenido.

Y por si no fueran suficientes estas consideraciones para convencer al público de que á él y solo á él se debió nuestra prisión, hay un hecho que revela con claridad el doble papel que jugaba en los últimos días que disfruté de libertad.

Al inmediato de ser llevado al Saladero, el autor de estas hojas y bajo pretexto de que iba de mi parte, se presentó en mi domicilio de la calle del duque de Alba, número 9, donde como persona de mi confianza fué admitido sin recelo y pudo hacer lo que se proponía.

Le constaba que toda la correspondencia que me había dirigido Solís á Barcelona y otros puntos desde que entré en relaciones con dicho señor, la conservaba en una cartera de viaje con otros papeles importan-



tes relativos á la conspiración militar urdida y fracasada y en su afán de destruir estas pruebas de la participación del primero en tales hechos, hubo de romper la cartera con unas tijeras que pidió, á falta de llave para abrirla, rasgando despues cuantos documentos contenía en presencia del ama de la casa, para que viera no quería comprometerla. Logrado su objeto, avisó al señor Solís de que nada había que temer por esta parte, pero su misma precipitación, no le dejó ver sin duda que los papeles que había destruido no eran ciertamente los que buscaba con tanto afán por cuenta propia ó encargo del ayudante del excelentísimo señor duque de Montpensier.

Y no eran los mismos, porque recelando yo—no sin fundamento—de la adhesión de Enrique Sostrada hacia mí, cuidé con esmero algún tiempo antes de trasladar todos aquellos que tenían para mí un interés verdadero á punto seguro, y de ahí provino que me fuera posible presentarlos para que se unieran á los autores y sirvieran á la vez de esclarecimiento de los hechos y de norma al juzgado en su fallo.

Cojido el señor Solís en sus propias redes, negó en un principio, creyendo en la desaparición de tales documentos, pero cuando los vió figurar en la causa, tuvo que recurrir al medio de comprar á los falsificadores Olimpio Roca, Tomás Gomez y José Mesa, que á la sazón se hallaban presos en el Saladero, para que declarasen haber falsificado las cartas y demás documentos que yo había presentado en apoyo de mis asertos, sin que por eso se suponga cometí la inocentada de desprenderme de todos, pues aun conservo los suficientes para justificar en un todo cuantas aseveraciones me permito someter al juicio del lector.

Despues de lo expuesto en el trascurso de este trabajo, suponemos no ha de haber quien dude de la connivencia de Enrique Sostrada, Pedro Acevedo, D. José Paul y Angulo, D. Felipe Solís y Campuzano, José María Pastor y Rafael Porcel, así como de su participación en el hecho punible á cuyo esclarecimiento hemos consagrado esta publicación; ni de que no puede atribuirse sin faltar á la verdad a sabiendas, al partido republicano, por más que en el delito de que se trata aparezca mezclado uno de sus corifeos.

La alusión que en su folleto hace el señor Paul y Angulo á D. Roque Barcia y D. Francisco García Lopez, valierale más suprimirla porque estos dos últimos no necesitan para nada de su defensa póstuma.

Si hubiese permanecido en su puesto de honor, ya que tan *inocente* se creía, hubiera podido á raíz del triste suceso que produjo la muerte del general Prim, salir á la defensa del partido republicano, objeto entonces de ataques injustos, por una parte de la prensa y algunos diputados unionistas que con sus declaraciones en el parlamento, trataron sin duda de extraviar la opinión para que no buscarse á los autores del asesinato allí donde únicamente podía encontrarlos.

Salir al cabo de catorce años de ocurrido el asesinato y despues de muertos Barcia y García Lopez con un recuerdo de pesar por lo que sufrieron el uno en el Saladero y el otro en las prisiones militares de San Francisco y algunas frases de elogio á su memoria, para deducir como consecuencia precisa que yo no era digno de alternar con ellos—afirmación que pretende corroborar el señor Sastre, defensor de Paul y Angulo—no nos parece pertinente.

La inocencia de los señores Barcia y Garcia López en el crimen de que se trata, quedó suficientemente probada por sus honrosísimos antecedentes, por la defensa que de ellos hizo el autor de estas hojas en el periódico *El Jurado* de que era propietario, y por sus declaraciones que hicieron ver no podía atribuírseles participacion alguna en aquel delito. Así lo reconoció el juzgado, acordando ponerlos en libertad segun procedía.

Y no contento con cumplir ese deber de justicia puesto que le constaba la absoluta inculpabilidad de los dos señores citados, á pesar de que ni Paul Angulo ni Sastre le creen digno de alternar con aquellos, tuvo ocasion de demostrarles de mil maneras que no hay para qué citar porque los servicios hechos á nuestros semejantes no deben publicarse el interés merecido que le inspiraban.

En cambio, algunos mal llamados republicanos como el diputado don Eleuterio Martinez, que blasonaba de tal hallándose vendido á los montpensieristas, se desataban en inventivas contra los partidarios de la República, tomando pretexto del empeño que por entonces demostraron los que en ello tenían interés de atribuir á estos el asesinato del general Prim.

Y basta con lo expuesto respecto á los particulares que nos propusimos tratar en esta hoja, dejando para las sucesivas ampliar algunos detalles y completarlas con otros ignorados del público, para que éste pueda formar juicio exacto y severo acerca de tan complejo asunto.

JUAN JOSÉ RODRIGUEZ LÓPEZ.

(*Se continuará*)

ADVERTENCIAS.

1.^a Siendo muchos los pedidos de colecciones y hojas sueltas que constantemente se nos hace, debemos manifestar que no remitiremos ninguna sin que acompañe al pedido su importe, que será de 5 céntimos cada una de las hojas publicadas cuando se pida toda la coleccion, y 10 céntimos si se piden hojas sueltas.

2.^a Todas las semanas se publicará una ó más hojas.

3.^a Todo el que quiera encargarse de la venta, en los puntos donde no esté establecida, puede dirigir los pedidos y correspondencia á la imprenta de los señores Sucesores de Castro, plazuela de San Felipe, 11, Zaragoza.

4.^a No se remitirá el segundo pedido, sin que se halle pagado el primero.

5. Las condiciones de venta son 75 céntimos de peseta las 25 hojas y 10 por 100 de descuento en los pedidos que excedan de 20 pesetas.

6 A los periódicos de provincias se les suplica el cambio.

Tip. de Sucesores de Castro, plazuela de San Felipe 11, Zaragoza.